

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE GRANADA  
NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS

## DISCURSOS

LEÍDOS EN LA RECEPCIÓN  
ACADÉMICA DE LOS SEÑORES

DON MIGUEL RODRÍGUEZ-ACOSTA CALRSTRÖM  
Y  
DON ANTONIO MARTÍNEZ OLALLA

EL DÍA 3 DE ABRIL DE 1961



GRANADA

1961

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE GRANADA  
NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS

# DISCURSOS

LEÍDOS EN LA RECEPCIÓN  
ACADÉMICA DE LOS SEÑORES

DON MIGUEL RODRÍGUEZ-ACOSTA CARLSTRÖM  
Y  
DON ANTONIO MARTÍNEZ OLALLA

EL DÍA 3 DE ABRIL DE 1961



GRANADA  
1961

Depósito legal: GR. 46-1961

Imprenta "El Sagrado Corazón".—P. Arenas, 8.—Tel. 23319.—Granada

SALUTACION  
DE  
DON MIGUEL RODRIGUEZ-ACOSTA  
CARLSTRÖM



Miguel Rodríguez-Acosta

Paisaje

EXCELENTÍSIMOS E ILUSTRÍSIMOS SEÑORES

SEÑORES ACADÉMICOS

SEÑORAS Y SEÑORES

SIEMPRE ha sido difícil para mí traducir en palabras, de manera justa y precisa, mis propios pensamientos y emociones. Es, por lo tanto, imposible que acierte hoy a expresar mi más profundo y sincero agradecimiento, por el alto honor que me hacéis recibíendome entre vosotros. Acaso no fuesen necesarias estas palabras, pues siguiendo una vieja costumbre de esta corporación una obra mía que acabo de entregaros —un paisaje de tema granadino— habla por mí con el lenguaje en que diariamente ensayo y practico mi más entrañable vocación.

Vengo a ocupar el sillón que dejó vacío hace muchos años un hombre insustituible, excepcional maestro, y gloria mundialmente reconocida de la música española, Manuel de Falla. Nada más pronunciado este mágico nombre, en la conciencia de todos aparece la magnitud de valor de este genial artista. Este hecho hace que aún vacile más al dirigiros esta tarde la palabra. Porque en plena juventud llego a ocupar el puesto que tuvo aquí uno

de los hombres más destacados de la vida española del siglo XX.

No creo que sea obligado trazar ahora una semblanza del genial maestro, pero sí quiero resaltar la admiración que siguen teniendo los hombres de mi generación por su obra. Y al rendir homenaje a Falla siento también la íntima como triste necesidad de recordar la falta de otra persona ilustrísima que pasó no hace mucho por esta prestigiosa Academia y que tuvo la satisfacción de ser honrado con su amistad y afecto. Me refiero al Conde de las Infantas que durante muchos años ostentó la presidencia de esta docta Corporación. Fué hombre de tan natural bondad como amplia cultura y apasionado por todas las formas del arte. Mi agradecido recuerdo aquí a quien vivamente alentó mi vocación de pintor en los primeros momentos de mi carrera.

Este acto que ahora se celebra estaba fijado para los últimos días del pasado mes de diciembre. Fué aplazado y en el tiempo que ha transcurrido, un acontecimiento trágico ha venido a ensombrecer nuestro ánimo. La muerte del inolvidable Antonio Gallego Burín.

En aquellos días redacté las cuartillas que acabo de leeros; hoy, al ser recibido por vosotros siento un tremendo vacío recordando al gran hombre que nos ha dejado. Nos falta aquí, y en este momento, algo muy entrañable y sutil; quizás sea el *aliento* de aquella extraordinaria personalidad que siempre, aunque estuviese ausente, nos transmitía Antonio Gallego sin saberlo, cada vez que emprendíamos en Granada algo más o menos relacionado con lo artístico.

Por ello quiero rendir ahora mi fervoroso recuerdo y encendido homenaje al amigo, al maestro y al granadino enamorado de su ciudad que supo en todo momento servir los intereses de Granada y airear en el mundo los mejores valores artísticos de nuestro país.

Confieso que me ilusiona incorporarme a este grupo de gentes de arte y de letras de Granada. También estuvo en este grupo como Académico, quién llevó en vida mi apellido y que quiso perpetuar con una Fundación, cuyo patronato me honro en presidir, una constante actividad artística en Granada.

Gracias, pues, por traerme a la Academia, y sólo me resta ofreceros todo mi entusiasmo, y toda mi vocación de pintor para las nobles y elevadas tareas que a partir de hoy deberé compartir con vosotros.

HE DICHO.

CONTESTACION

DEL

EXCMO. SR. D. ANTONIO MARIN OCETE

EXCELENTÍSIMOS SEÑORES

SEÑORES ACADÉMICOS

SEÑORAS Y SEÑORES

NOS reunimos hoy en sesión solemne para dar posesión a dos académicos elegidos recientemente, con otros diversos artistas que cultivan también la escultura y la pintura, y acabamos de escuchar las palabras con que muy gentilmente ha saludado a la Academia el primero de ellos, —don Miguel Rodríguez-Acosta Carlström— al ofrecerle uno de sus más bellos cuadros. Quiero corresponder a su saludo y recordar, en nombre de nuestra corporación los méritos que le han conducido hasta ella.

En el ambiente familiar, cruzado de inquietudes culturales y de amistades literarias, halló nuestro nuevo académico ejemplaridades artísticas y estímulo constante. Su biografía, sobre ser todavía breve por suerte para él, muestra una incontinente voluntad de perfeccionamiento. Al contrario de tantas vanidades autosuficientes que en la más imberbe pubertad, desdeñan ya magisterios de his-

toria o de doctrina, epígonos pretenciosos que presumen alumbrar cada día con su natalicio eras inéditas de la creación artística, nuestro académico se ha sometido siempre disciplinadamente a un esfuerzo de formación en cuanto este exige de indispensable oficio y del conocimiento del camino ya recorrido por la pintura, dentro y fuera de España, para proseguirlo o para desviarse de él incluso radicalmente, guiado de su personal inspiración. Para domeñarla los ha recorrido todos y sus viajes y estudios lo han llevado y lo llevan cada día, siempre acompañado de pinceles y paletas, a los pueblos ibéricos más dispares en paisajes y en gentes. Tierras castellanas de perfiles netos y de pardas lejanías labradoras o costas meridionales que anticipan luces mediterráneas tantas veces prendidas por pinceles italianos. De esa Italia visitada con reiterada y amorosa insistencia, en sencillo y natural discipulado, por Miguel Rodríguez-Acosta. A estas y a otras tierras y a otros hombres se ha acercado con un espíritu tenso, asentado en un temperamento en el que grises atardeceres nórdicos pusieron para siempre, a la ardiente inquietud meridional, sosiego y medida, que no sordina ni esterilidad.

De la clara llaneza de este espíritu dan muestra las palabras con que noblemente ha recordado a cuantos influyeron en modelar su vocación y su arte y más doloridamente a Antonio Gallego y Burín, recientemente hurtado a la amistad entrañable, al respeto y a la admiración de todos cuantos pertenecemos a esta Academia granadina. De ella formó parte durante largos años hasta que sus méritos le llevaron a la nacional de San Fernando, como académico numerario.

Si estas circunstancias serían motivo suficiente para recoger y subrayar las palabras de recuerdo que el nuevo académico le ha dedicado, la excepcional personalidad de Antonio Gallego y Burín y su entrañable ligazón a nuestra

común Granada, imponen su evocación en esta primera solemnidad pública que después de su muerte celebra la Academia de Bellas Artes de Granada, sin perjuicio de más pormenorizado homenaje en ocasión futura.

Porque esta tarde y en estas palabras de respuesta al saludo del nuevo Académico, solo cabe el breve testimonio de nuestro unánime dolor por la ausencia de ese *aliento* que acaba de recordarnos Miguel Rodríguez-Acosta y en el que hemos vivido tantos años. Lo que conmueve más de su recuerdo es, a mi modo de sentir, precisamente lo que había de múltiple y aparentemente difuso en su calidad espiritual, lo que emanaba de supremo valor humano, de aguda y penetrante inteligencia, de cultivado y elegantísimo humanismo.

En él se cumplía el gozo espiritual de la relación social con una mente, unos modos y un estilo de hombre que integraban por modo de síntesis otras cualidades múltiples y que suelen ser más fácil y someramente advertidas. Con ser estas tantas que su biografía se nutrirá de la enumeración de sus saberes y de sus realizaciones, séanos permitido en esta breve e incidental remembranza, evocar tan solo este equilibrio de sus ademanes espirituales y de los frutos de su acción. Que si fueron tempranamente logrados en creaciones literarias y críticas, en juveniles periodismos y en maduros volúmenes de historia artística y política, fueron cosechándose cada vez más abundantes hasta en otras actividades, sorprendentes quizá para los que no tuvieron, como muchos de nosotros, la fortuna de su intimidad y el regalo de su trato.

Como síntesis de un estilo, en los años de la madurez, cuando un equilibrado sosiego concertó ya los impulsos y las capacidades creadoras, su eficacia llegó a ser de una rara naturalidad. En estos tiempos apresurados en que el agobio de preocupaciones llega a ser tópico demasiado frecuente, Antonio Gallego y Burín mantenía el ritmo flú-

do de su esfuerzo sin un gesto de cansancio, con la innata naturalidad y con ese gracioso disimulo del trabajo, légame milenario de estirpes preclaras que fué siempre una de las más altas cualidades del alma andaluza superficialmente motejada de perezosa.

En ámbitos de parecidas calidades se forma la personalidad de nuestro nuevo académico.

Con ser el suyo muy cultivado, lo centra desde nuestro punto de vista la figura de su tío don José María Rodríguez-Acosta, nuestro antiguo compañero de corporación. Artista inquieto, animado hasta su muerte por un insatisfecho anhelo de perfección que vestía una indolencia más aparente que moruna y abría pausas en sus creaciones porque desconfiaba siempre de haber seguido la ruta que condujese a una realización plástica certera. Con su criticismo honrado, conocedor de la grandeza espiritual de la creación artística, se había formado en las mejores tradiciones de la pintura española finisecular. Con su ansiedad de conocimiento, en maridaje contradictorio y real al mismo tiempo con la persona y el arte de José M.<sup>a</sup> López Mezquita, pasión y vida ardiente y epicúrea, José M.<sup>a</sup> Rodríguez-Acosta acertó con la fórmula española del realismo, en su versión granadina, sonora de tientos gitanos y luminosa en dulces lejanías, tornasoles de tintas bermejas sobre la nieve que timbra y señorea el paisaje de Granada. Con serenidad de expresión, todavía era la suya una pintura narrativa, casi lírica en sus valores plásticos, en su pasión de líneas y de tonos.

Entonces y después, su impenitente criticismo no desequilibra la señorial serenidad de su pintura, mientras que progresivamente, justo de composición y armónico de líneas, va reduciendo su paleta y ciñéndola al modelado justo. Con gran sabiduría, aunque el término aparezca aparentemente inadecuado para valorar a un pintor, logra composiciones extremadamente sencillas servidas por una

autenticidad expresiva, que no se esclavizan a los rigores rítmicos de unos Zubiaurre ni al melodramatismo de Zuloaga o de Solana. Cada vez más seguro y equilibrado en factura y volúmenes, representado en los tres óleos con que cerró, serena y magistralmente, su producción artística.

Quien así la vivió, en perpetuo combatir con sus inquietudes, sus vacilaciones y su afán de perfección, no era tampoco un solitario misógino, desdeñoso de la sociedad que le rodea. La Fundación que amparó bajo el nombre de sus padres, muestra la dimensión de su espíritu y un alto sentido de responsabilidad acerca de los deberes de la riqueza. La amplia protección a las artes y a cualquier otra manifestación espiritual que él programó, empieza a desarrollarse en varios de sus aspectos y ha logrado ya sus primeros resultados bajo la dirección de nuestro nuevo académico. Miguel Rodríguez-Acosta pilota con tan certero instinto como prudencia, las actividades fundacionales y sus exposiciones anuales de temas monográficos —paisaje, naturaleza muerta, temas infantiles, arte sacro— han logrado rápida y justamente una resonancia nacional. Combinado el valor educativo de tales exposiciones con las becas para artistas e investigadores, se ejemplariza un mecenazgo poco frecuente en nuestros ámbitos locales o nacionales. Muestras individuales de artistas aislados o de grupos procedentes de otras ciudades o instituciones españolas, han desfilado por los mismos salones. Una residencia para artistas, excepcionalmente acogedora por su instalación como por su asiento en un mirador abierto a los sugeridores paisajes de la Vega y de la Sierra, se alza junto mismo de la sede fundacional, llena de colecciones artísticas y de una biblioteca selecta y cuidada. La próxima iniciación de publicaciones sobre artistas que en Granada nacieron o de ella hicieron tema de inspiración preferente, va a completar estas actividades. Serán libros sobre Manuel de Falla, antecesor en

la Academia de nuestro recipiendario de hoy, sobre José M.<sup>a</sup> López Mezquita, inseparable compañero del fundador, ya recordado antes.

Hubiera bastado este ejemplario de protección e impulso a las Bellas Artes con que se presenta ante la Academia Miguel Rodríguez-Acosta, para que ésta le hubiese abierto sus puertas, siempre accesibles a cuantos sirven de alguna manera las exigencias artísticas y espirituales de nuestros días. Pero el nuevo académico aporta sobre todo su creación personal. Como a tantos otros pintores granadinos, las aulas de la Escuela de Artes y Oficios de Granada llenas de ruidos infantiles, desbordantes de promesas y de sueños que la caprichosa Fortuna va segando bajo la rueda incontenible del tiempo, acogieron sus primeros estudios artísticos. Los años corrieron después y durante ellos continuaba su formación en la Academia de San Fernando, alternándola con frecuentes salidas y viajes de estudio, para proseguirla más tarde bajo el magisterio autorizado, el consejo y la amistad de Joaquín Valverde.

1955 es año señalado en su vida. Obtiene el título de Profesor de Dibujo en las aulas fernandinas y simultáneamente la segunda medalla de Pintura en la Exposición Nacional de aquel año por su obra *Los Novios*. Empezaban a perfilarse las características que iban a personalizar su pintura: precisión en el dibujo que le lleva a cultivarlo directamente sin el socorro del color, tan útil como peligroso a veces, en multitud de obras inspiradas en los más variados escenarios y asuntos. Precisamente dos años después, en la siguiente Exposición Nacional, otra segunda medalla premia su arte dibujístico, ceñido y preciso, de inspiración y aire personal, con que se enfrenta con el paisaje y los hombres.

Como casi toda la pintura actual que puede llamarse tal, la de Miguel Rodríguez-Acosta, me parece sencilla y auténtica porque en aquella primera condición, la senci-

llez, encuentra, muy acorde con su época, la más pura emoción estética. La siente y la transmite también con medios de la misma calidad. Para ello no necesita llegar a radicalismos de irrepresentación, tan gustados en el arte actual, ni a abstractismos que eliminen toda configuración modelada con luces y sombras. Su arte simplifica logros tectónicos con voluntaria renuncia a la colaboración excesiva de recursos colorísticos, muy de sus horas infantiles. Su paleta es de una austeridad suficiente y la maneja valientemente sin riesgo de monotonía. Pues, lejana la época del naturalismo artístico, el esfuerzo se orienta a la recreación del objeto —paisaje, naturaleza muerta, retrato— con la técnica y los recursos que su propio temperamento le impone, aunque no pretenda la expresión simbólica ambicionada por otros pintores modernos.

El gran impacto que en la pintura del siglo XX logró el impresionismo con su manejo del color, aún con mengua y olvido de la forma, desvanecida bajo las vibraciones de aquel, no le alcanzan ya, pese a posibles contactos con los medios pictóricos españoles que todavía siguen la escuela durante varios decenios de nuestro siglo, con retraso respecto a las nuevas fórmulas estéticas vigentes en Europa. Es sabido como la acción del impresionismo ha sido decisiva para el desarrollo posterior de toda la pintura moderna, compartida después en tendencias tan varias como rápidamente sustituidas por otras nacientes. Aún los pintores no impresionistas se mueven en estéticas y modos que sólo fueron posibles después de los nuevos conceptos que aquel difundió por Europa. El desplazamiento del impresionismo hacia interpretaciones decadentistas de calidades excesivamente literarias, no alcanza a gran parte de la pintura posterior, mas sus logros estéticos no fueron tampoco estériles. Si una fórmula artística cumple su destino dentro de su ciclo propio, nunca deja de ser útil fuera de él para las generaciones posteriores, aunque

estas se imaginen lograr sus creaciones bajo un signo de renovación y aún de revancha. Por esto tuve siempre para mí que la idea del progreso es inaplicable a la historia artística, a diferencia de lo que acontece con el pensamiento científico y técnico.

Nada más falaz que una periodización rígida de aquella, pues las peculiaridades de cada momento se prolongan a veces irregular y casi subrepticamente en los tiempos inmediatos, por muy revolucionarios que parezcan. Así los logros impresionistas en cuanto a concepción y posición ante el paisaje se mantienen a mi modo de ver presentes en los de Miguel Rodríguez-Acosta, aunque sus medios expresivos sean profundamente distintos. El recurso luminoso le es común con el impresionismo, a diferencia del arte de los fauvistas, pero no se entreteje en los planos y perfiles del tema, sino que usando de una valoración normal de las sombras, a la que se había renunciado por otros pintores como Matisse, alcanza una expresión muy personal. Sus pinceles vierten con rara maestría una luz que modela paisajes y figuras con vigor o con tenuidad, según precise, pero siempre sobre un cierto realismo dibujístico que me atrevo a juzgar de gusto y equilibrio clásico, en el sentido propio y no histórico de la palabra. Matiz que se acentúa en cuanto a proporciones y verticalidad de las figuras, tal vez como anuncio de futuras peculiaridades de estilo. Ahora los volúmenes, que no inútilmente había supervalorado el cubismo ya pasado, se integran en una unidad expresiva.

Otros galardones y otros magisterios han ido jalonando el continuado laborar de nuestro académico y así desde el pasado año profesa la cátedra titular de su maestro Joaquín Valverde, en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando, y casi simultáneamente obtiene el máximo galardón de nuestra vida artística oficial, cuando se le concede la primera medalla de pintura por su mural de

Las Virtudes Teologales, que pintó para la Caja General de Ahorros de Granada.

El Museo Nacional de Arte Moderno, al crearse otro especialmente dedicado al Arte Contemporáneo, recibe estos años remozamiento y ordenación bajo la maestría de Lafuente Ferrari, y en él ocupa Miguel Rodríguez-Acosta, desde hace unos meses, la subdirección.

Esta simple enumeración de efemérides muestra cómo la vida artística del nuevo académico está asentada no sólo en una obra ya lograda, pues permanece abierta a toda ilusionada posibilidad de un futuro que se promete fecundo. Circunstancia y condición dichosa que timbra la personalidad de Miguel Rodríguez-Acosta y de otros académicos electos que sólo esperan el cumplimiento de esta solemnidad ritual para participar personalmente en nuestras tareas corporativas. Yo me atrevería a subrayar que en esta feliz circunstancia se asienta el porvenir de nuestra Academia. Cuando he debido recordar, tan torpe como gozosamente, la calidad y los logros del pintor que hoy recibimos, he tenido la suerte de acercarme a un historial artístico en sostenida evolución y cuya personalidad dentro del arte español no es meta final, siquiera fuera esta justa y brillantemente alcanzada, sino temperamento y creación en pleno desarrollo. La de la llegada de un artista a la vida académica suele habitualmente señalar la plenitud de sus producciones y de su valor, en una cierta valoración no exenta de melancolía pues parece enjuiciar una creación ya cumplida.

Tales frecuentes condiciones no se dan dichosamente en la recepción que hoy celebramos. Académico de Bellas Artes, Miguel Rodríguez-Acosta, como otros artistas que le seguirán hasta estas solemnidades, no lo es en un declinar vespertino de su labor creadora de belleza plástica, sino en pleno mediodía plétórico de promesas y de esperanzas.

HE DICHO.

SALUTACION

DE

DON ANTONIO MARTINEZ OLALLA



ANTONIO MARTÍNEZ OLALLA

*Torerillo*

CIMA que nunca creí alcanzar, mi ingreso en Corporación de tan gloriosa historia como la Real Academia de Bellas Artes de Nuestra Señora de las Angustias, es merced, que en mi indignidad, he de agradecer de por vida.

Solemos los artistas, tan habituados a dar forma plástica a nuestras intuiciones, carecer, por falta de costumbre, del talento de expresar verbalmente nuestros pensamientos. Los que como el genio polifacético de Miguel Angel, al par que todas las artes del dibujo cultivaron con supremo acierto la poesía, podemos considerarlos como augustas cúspides a las que no nos es dado ni acercarnos. Por ello, mi discurso de entrada lo constituye ese busto de torerillo, obra en la que puse tanto cariño como para seleccionarlo entre mi ya no escasa obra, para ampararla en vuestra benevolencia y que sea dentro de una entidad que cuenta sus fechas por siglos, recuerdo para el futuro de mi leve paso por la tierra.

No desconozco que el arte que peyorativamente suele llamarse folklórico padece en nuestros días la repulsa de la crítica y aún de gran parte de los artistas. Lo desacreditaron los que lo hicieron objeto de lucro; los mercachifles, los que no ven en la pintura y en la escultura sino objetos de comercio que ofrecer a las masas insensibles para la verdadera belleza. Pero como el tema lo sentía no en su exterior pintoresco, sino en su hondo contenido humano, de optimismo casi infantil frente a la amenaza de tragedia siempre latente en la llamada fiesta nacional. Como, por otra parte, supe permanecer alejado de la tentación de caer en neorealismos y tremendismos tan caros a pintores como Zuloaga o Solana y a escritores desde Eugenio Noel hasta Camilo José de Cela, dando a mi obra expresiones de juventud esperanzada, me creo libre de toda sospecha de buscar halagos y remuneraciones incompatibles con la pureza que siempre puse en mis obras.

Así, al dedicaros esta modesta producción mía, como limpia y entrañable ofrenda al prestigio de una Corporación que con nuevos bríos quiere proseguir su acrisolada historia, os prometo que con lo mejor de mis actividades sabré sumarme a vuestros trabajos y preocupaciones en pro de un patrimonio de arte al que tantas incomprensiones acechan y tantos peligros amenazan.

CONTESTACION

DEL

ILMO. SR. D. MARINO ANTEQUERA GARCIA



EXCELENTÍSIMOS SEÑORES

SEÑORES ACADÉMICOS

SEÑORAS Y SEÑORES

**E**LEGIDO para expresar en nombre de nuestra Academia la complacida aceptación del busto que se le dedica, junto a la grata compañía de uno nuevo entre nosotros, dotado de tan subidos valores en lo humano y en lo artístico, como Antonio Martínez Olalla, he de confesar que soy el menos indicado para ello. Las muchas batallas reñidas en su compañía y las no pocas borrascas que juntos corrimos, además de nuestra fraternidad durante tantísimos años en el destartado y disperso caserón de la Escuela de Artes y Oficios, lugar en el que fuimos iniciados en el gustoso y fructivo estudio del Arte, en su total integridad y en sus indispensables pormenores, cuando al despertar de la vocación esto nos dió peso y medida para futuros encuentros con la belleza; todo esto pudiera teñir de parcialidad y de vistas desde ángulo propio las cualidades que brillan en el recipiendario. Sin

embargo, trataré de ser frío y objetivo en mis palabras al valorar los méritos de quien siempre tuve por dilecto amigo, como lo procuro en mi consuetudinaria ocupación de crítico de arte. Por ello, al par que el análisis de la producción del artista, y ya que es frecuente en estos discursos explayar sistemas, lo haré con uno, relacionado con la persona del nuevo compañero y que pudiera ser enunciado así: «La sencillez, reactivo frente a la presunción del hombre-artista moderno».

Contemplado desde nuestro ambiente, la primera cualidad que resalta en el que se nos incorpora es la de su época. Ni es tan joven que pudiera temerse inexpertía su cooperación al común trabajo, ni tan maduro que deje de traer aire renovador a nuestra entidad, que sin tales aportaciones se anquilosaría.

Trae también, figura ejemplar y modélica, entre las simulaciones, el histrionismo y la brutal apetencia de renombre de tantos artistas actuales, el don de su autenticidad. No se amparó jamás en prepotencias ajenas al arte. Entre tantas reputaciones de papel impreso, no mendigó publicidades de cuya vergonzosa gestación tanto sabemos los acostumbrados a escuchar el diario tintineo de las linotipias. Para su perseverancia no fué dictada la consigna napoleónica que decía: «En orden a la prudencia, es siempre necesario reservarse el derecho de reír al día siguiente de las ideas de la víspera». Martínez Olalla, fiel a sus principios, tuvo un predominante anhelo; no sumarse gregariamente a la mayoría; no cambiar de criterio al compás de las modas que, como las femeniles, dictan esos figurines de arte que son las revistas subvencionadas por los «marchands» y los esotéricos conciliábulos en los que se fraguan las reputaciones modernas. Permaneció entre los selectos, entre los poseedores de un mensaje henchido de espiritualidad que transmitir a los demás. Sin artistas de tales aspiraciones no podríamos por menos de sentir-

nos defraudados los que entre renunciás, hemos puesto nuestra esperanza en que un día, después de los extravíos que a tantos de buena o de mala fe ofuscan, volvamos a la eterna significación y trascendencia del Arte.

Porque sentía Martínez Olalla la importancia, casi sacerdotal, de la vocación artística, se preparó para desarrollarla con aprendizaje minucioso, primero con la base indispensable para las artes plásticas; el dibujo. Los maestros de la escultura fueron dibujantes extraordinarios, desde Miguel Angel a Alonso Cano y a Rodín y a Julio Antonio. La ciencia de las proporciones y el gusto por la expresividad de la línea, múltiple en el escultor, única en el dibujante, son necesarias tanto en una escultura como en un cuadro. El que ha sido maestro de tantas generaciones de pintores, escultores y arquitectos, nuestro querido compañero en la Academia, don Joaquín Capulino Jáuregui, formó como dibujante a Martínez Olalla con esos modelos imperecederos, de los que tan rica era nuestra Escuela; los vaciados que nos pusieron en contacto con los grandes de Grecia, de Roma y del Renacimiento. En la noble arquitectura humana, propagada por ellos, nos iniciamos los aprendices de artistas de muchas generaciones en el conocimiento de la armonía de la forma, del equilibrio de los volúmenes, de la digna euritmia en las actitudes más variadas, pero todas incapaces de romper el reposo en el que se complace el entendimiento, porque en él halla el reflejo de beatitudes tan pocas veces contempladas.

Más tarde, Martínez Olalla tuvo un maestro verdaderamente ejemplar en el que fué asimismo miembro de esta Academia; don Francisco Mariño Peñalver. Mariño se dedicó en la madurez más a maestro que a escultor. Hombre de grandes conocimientos teóricos, anatómico consumado, muy ducho en todas las reconditeces del oficio de modelar, dotó a su discípulo de un instrumento con el que

poder expresarse. Este sometimiento a sus profesores fué primera prueba de humildad en la adolescencia del artista. Estudiaba con afán Anatomía cuando ya muchos afirmaban que el natural, y con mayor motivo la subestructura del natural, no tenía interés para el arte. De aquellos tiempos le ha quedado al nuevo académico un recuerdo lleno de gratitud para los que encauzaron su juventud. Me decía Camón Aznar que el artista que niega a sus maestros es tan innoble como el hijo que desconoce a su padre. Martínez Olalla cita con frecuencia el ejemplo de Mariño, aquel profesor de modelado, probo y concienzudo, que sacrificó su actividad de artista original a la enseñanza, con fruto oscuro pero sólido y valedero para varias generaciones, por lo que pudo exclamar, como lo hizo en un arranque de modestia Menéndez Pelayo: «Si no vencí reyes moros engendré quien los venciera».

Pero con esta ardua carrera tenemos sólo una parte. Tenemos el instrumento, el lenguaje, pero el instrumento y el lenguaje son cosa muerta sin un alma que los informe. Son lo que Sedlmayr, el eminente profesor de Historia del Arte de la Universidad de Munich llama el texto y el estado físico de la obra de arte, como libro sin lector o partitura sin intérprete, simple objeto sin vida. Aunque preciso es reconocer que este poco es inmensamente más importante que gran parte de lo producido por el arte moderno, fruto de improvisaciones e ignorancias. Decía Ramiro de Maeztu en su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, sobre el tema «El Arte y la Moral», al que hace poco Vicente Marrero llamaba «uno de los trabajos más importantes que en España se han consagrado al tema» y que yo, aunque esto escandalice a algunos de los que me oyen y que calificaron de equivocación el tal discurso cuando fué pronunciado, lo tengo por uno de mis predilectos brevariarios de estética, decía —repito— «Sinceros son.... aquellos artistas que, por com-

plejidad respecto del contenido de su ideal, por no sentir dentro de su alma un mensaje definido que difundir y al mismo tiempo, por espíritu de amor hacia sus medios de expresión, proclaman el Evangelio de la técnica y dedican a mejorarla y a ennoblecerla una vida de abnegación y de servicio».

De haberse limitado Olalla al solo culto de la estatuaría clásica en la perfección exterior de ella, hubiese hoy incurrido en la designación peyorativa del término «académico» y en la repetición fría de los modelos antiguos. No lo hizo así y se prendó de la forma viva y palpitante del natural. Esto le libró, hombre al fin de su tiempo, de esterilizar su arte. Puso en sus esculturas calor de humanidad y cuando los más de sus compañeros se perdían en la imitación de Bourdelle, de Mestrovic, de los dioses mayores de su tiempo en fáciles plagios, él hurgaba en las profundidades del propio sentimiento para hallar el claro manantial de una obra limpia y sincera. Cuando se hace de la Historia del Arte escueta clasificación de la obra de los viejos maestros, como en herbolario de botánico, privada de su significación subjetiva, en oposición al igualmente vicioso relativismo a lo Taine, que privaba cuando nos formábamos los de mi tiempo. Cuando el estudio de los artistas del pasado queda en lo somático y amanerado, como cuando los prerrafaelistas ingleses trataban de resucitar a Boticelli al principio del presente siglo, o en admiración por la factura libre, se imitaba a los pintores directos, como Velázquez y Frans Hals, o hace unos años Eugenio D'Ors ponía de moda a Poussin y a Mantegna al intentar rehacerlos sobre el natural, y ahora, no se por qué se admira y reproduce a Piero de la Francesca, cuando estimo mejores dechados para el presente arte al Bosco y a Breughel, por misteriosos y aduladores de las deficiencias humanas, Martínez Olalla, fiel a los principios que informaron los inicios de su vocación sigue se-

guro su camino cada vez más empinado, en sentido de dificultad, si que también de ascensión.

Los que conozcan la obra de Martínez Olalla la hallarán cifrada en ese busto que ofrece a la Academia. De la perfección técnica del mismo, de la firmeza simultánea a la flexibilidad del modelado que ciñe a cada volumen, de la gracia de la factura que simula en ocasiones descuidos para suprimir la sensación de excesiva prolijidad y de envaramiento en las superficies, de todos estos detalles de factura pudiera hablar, mas hallo que se pierden ante la consideración del tema que en manos de un escultor español peligra caer en dos extremos igualmente falsos; en el alegre pintoresquismo, en la España de pandereta para atracción de turistas de mentalidad escasa, o bien, por influencia literaria, en ese amargo y desgarrado pesimismo, que ya en los tiempos de Solana y de Zuloaga, influenciados por los escritores de la generación del 98, y por los que temerosos de las represalias de Némesis hufan de cuanto supusiera regocijo o visión risueña, nos trajeron a la angustia existencialista de nuestros días. Seductora perspectiva hubiera ofrecido a Olalla el contraste entre los años mozos del torerillo y los perfiles salpicados de sangre y tragedia de la llamada Fiesta brava. No se dejó deslizar por estos trillados caminos y nos dá la inconsciencia, la confianza juvenil que no acaba de percatarse del peligro hasta que dá de bruces con la dura corteza de la realidad.

Para quien tiene el hábito, en el sentido filosófico de la palabra, de impartir significado de trascendencia a sus esculturas, hábito adquirido en el frecuente trato con el arte religioso —¡Oh aquellos inolvidables grupos de San Juan de Dios de las dos últimas Nacionales!, que no apercibieron los jurados pero sí las miradas expertas— en el que toda espiritualidad tiene lugar adecuado, esta hondura de intención es cosa acostumbrada.

Al dar la bienvenida, en nombre de mis compañeros, al nuevo académico, se la damos en él a este arte suyo tan entrañablemente sentido, y por ello mucho más que actividad extrínseca, verbo: palabra, con la que exterioriza su alma por buena, sencilla, humilde.

